

tólica, con la cual S. S. absuelva á los aragoneses de la observación de las fiestas, así votivas como en otra manera mandadas guardar; exceptados domingos, pascuas, días de Nuestro Señor, fiestas de Nuestra Señora, doce Apóstoles y San Juan Bautista (1).»

Por estas y otras semejantes peticiones que omitimos se ve el descontento y la queja general que producían los abusos del Santo Oficio y su intrusión en causas y negocios que no eran de su competencia y jurisdicción: así como es digno de observarse un pueblo que avanzaba ya á pedir la reducción de las festividades religiosas, como dañosas á la prosperidad del reino y al bienestar de los ciudadanos; reforma á que ha habido pocos pueblos que se hayan atrevido á aspirar todavía, aun con el convencimiento de sus ventajas.

Atendidas las razones del rey y la necesidad en que se hallaba, acordaron los cuatro brazos de los tres reinos otorgarle un servicio extraordinario de doscientas mil libras, aunque por aquella vez solamente y con las reservas y seguridades acostumbradas (9 de julio); y complaciéronle también en lo de habilitar al duque de Calabria para presidente de las cortes durante su ausencia hasta su conclusión, con protesta igualmente de que aquel caso «no hiciera ni causara perjuicio alguno á los fueros, libertades, y privilegios, usos y costumbres del reino, sino que aquellos y estas quedaran en toda su eficacia, fuerza y valor, sin que pudieran servir de precedentes ni citarse como ejemplo en lo sucesivo.» Prorogó el emperador las cortes de Monzon para Zaragoza, y allí juró solemnemente en presencia de los cuatro brazos la observancia de los fueros aragoneses (fin de julio), y nombró á don Juan de Lanuza virey y lugarteniente suyo en aquel reino.

Penetrado estaba ya á este tiempo el emperador de que los negocios generales de Europa, en todos los cuales andaban mas ó menos directamente mezclados los intereses de sus vastos dominios, le obligarian á salir otra vez de España, y él lo deseaba también, convencido de la utilidad de su presencia para asegurar su dominación en los agitados países de Italia y Alemania, y al objeto que tanto apetecía de ser coronado Rey de Romanos. Y sin perjuicio de dar desde aquí admirables instrucciones á sus generales de Italia, instrucciones que revelan cuánto había ido creciendo la capacidad de este príncipe, cuyas facultades intelectuales se habían creído al principio hartamente limitadas (2), solo esperaba ya el resultado de las negociaciones pendientes para la paz general que dejamos apuntadas. Entre tanto levantaba en España gente de guerra, y aparejaba la armada que había de llevar consigo, porque como él decía: «Para poder alcanzar la paz es menester tener las cosas de la guerra tan á punto y bien aparejadas, que nuestros enemigos tengan mas ganas de consentir en los medios razonables para haber paz que no lo han hecho hasta agora (3).»

Á fin de poner al rey de Francia en trance y necesidad de hacer mas sacrificios por el rescate de sus hijos, estrechó mas la prision de los príncipes, de cuyo servicio había separado ya á los criados franceses, y escribía al condestable de Castilla que los tenía á su cargo en la fortaleza de Villalpando: «Que aunque mi voluntad es que ellos sean muy bien proveidos y servidos, como es razon, no hay necesidad que se les señalen personas con títulos de oficios, ni tan principales como allí vienen, sino que tengan cargo de servirlos, así en la mesa como en la cámara, tres ó cuatro personas de recaudo y confianza que haya, sin ninguna cerimonia, pues con los prisioneros no se acostumbra ni es menester (4).» Y en otra decía: «No debeis dejar entrar á verlos á ninguno de los que van á ello, aunque sean grandes y otros caballeros; no por desconianza que se tenga de los que van, ni que por vuestra parte

(1) Dormer, Anales, lib. II, c. 41.

(2) Conservárase una larga carta suya escrita en este tiempo á Antonio de Leiva, instruyéndole en todo lo que allí debería hacerse mientras él disponía su viaje, en la cual se ve, así la extensión de sus miras, como el cuidado con que sabía atender á los pormenores de cada asunto.

(3) Carta á Antonio de Leiva.

(4) Carta de Carlos V al Condestable, de Burgos á 2 de febrero de MDXXXIX.

ha de faltar buen recaudo, sino que por algunos buenos respectos conviene que no piensen que se hace de ellos tanta cuenta; y siendo avisados de esto los que los vienen á ver, dejarlo han de hacer, y será provechoso, y así vos ruego y encargo se haga.»

Instábanle ya al emperador sus generales de Italia á que apresurase su viaje. Especialmente el capitán Fernando de Alarcon le decía con la ruda franqueza de un soldado: «Si V. M. brevemente no viene en persona, ó no envía grande recado de armada de mar, gente y dineros, el ejército y el reino se perderán sin falta ninguna, muy mas presto de lo que V. M. podría pensar. Y no diga que no le aviso y desengaño, que yo con esto cumplo, pues acá no se puede mas (5).» Determinó, pues, el emperador su viaje á Barcelona, donde había de embarcarse para Italia. Á su paso por Zaragoza dió á los aragoneses una señaladísima muestra del interés que tomaba por la prosperidad de aquel reino, condescendiendo en ejecutar por su cuenta la grande y utilísima obra de la acequia de riego que ya les tenía concedida, y que con el nombre de *Canal Imperial de Aragon*, que aun conserva, había de ser grato y perdurable monumento de su cesárea munificencia (6). Mas político ya el emperador, y mas condecor del carácter de los españoles que en su primera estancia en España, supo lisonjear también á los catalanes, no queriendo que le recibiesen como emperador, sino como conde de Barcelona, que entre todos los títulos de los soberanos de España era el que miraban con mas predilección los habitantes de Cataluña.

Cuando todo estuvo aparejado y pronto, hecha la concordia con el pontífice, y tratada la paz de Cambray, en los términos que dejamos relatado en el capítulo precedente, encomendada durante su ausencia la gobernación de España á la emperatriz Isabel, partió Carlos V de Barcelona para Italia (28 de julio, 1529), con una armada de treinta y una galeras y treinta naves, con ocho mil soldados españoles, con brillante cortejo de caballeros y nobles castellanos, catalanes, valencianos y aragoneses, y con toda la magnificencia y aparato de un conquistador.

CAPÍTULO XV

Carlos V en Italia

DE 1529 Á 1530

Su recibimiento en Génova.—Favorable impresión que su vista produjo en los italianos.—Sus proyectos de paz.—Concierto con Venecia.—Solemne y doble coronación de Carlos V en Bolonia.—El papa y el emperador.—Tratado de paz general.—Epoca notable en Italia.—Florenia no acepta la paz.—Guerra de Florenia.—Sitio: defensa heroica.—Triunfo de los imperiales.—Muda el emperador la forma de gobierno de Florenia.—Pasa Carlos V á Alemania.

La presencia del emperador en Italia tenía que producir gran sensación en los ánimos, y grandes variaciones y mudanzas en la condición de los Estados italianos. En Génova, donde primero desembarcó (12 de agosto, 1529), los compatriotas de Andrés Doria que le acompañaba le recibieron y agasajaron como al protector de la república. Allí acudieron á felicitarle embajadores de todos los príncipes y Estados de Italia, á excepción de Venecia y Florenia. Y como los italianos, cuyo país tanto había sufrido con la licencia y ferocidad de las tropas imperiales, se habían figurado hallar en el emperador un hombre áspero, adusto, intratable y cruel, sorprendiéronse agradablemente al ver un hombre de buen aspecto, de finos y corteses modales, de suaves costumbres y de apacible trato. De modo, que su vista primero y su porte despues persuadieron á los mas de que no podía haber sido él el causador de las atrocidades cometidas por sus súbditos tudescos y españoles en Milan y en Roma.

(5) Carta de Alarcon al emperador, de 8 de junio, 1529, en Dormer, Anal, lib. II, c. 50.

(6) Cédulas y cartas imperiales de 30 de noviembre de 1528, 21 de abril y 22 de junio de 1529, relativas á la construcción de la acequia ó canal de Aragon: Dormer, Anal, lib. II, c. 51.

Muchos, sin embargo, dudaban todavía si sus pensamientos ó intenciones serían de paz ó de guerra, y teníanlos esto en cierta recelosa ansiedad. Pronto los sacó Carlos de aquella zozobra, y no tardó en disipar sus temores. Ya en España había manifestado diferentes veces que la paz era la cosa que mas deseaba (1). Y aunque quisiera dudarse de la sinceridad de sus palabras y de sus sentimientos, la política y la conveniencia se lo aconsejaban así, y pocas veces se mostró Carlos tan político como en esta ocasión. Dos motivos poderosos y fuertes le obligaban á atender con preferencia á sus Estados de Alemania, y reclamaban su presencia en ellos, á saber: los progresos de las doctrinas reformistas, que traían alterados aquellos países y en un estado de peligrosa efervescencia, y la entrada en Hungría de un formidable ejército turco, de doscientos cincuenta mil combatientes, que ocupaba ya una parte del Austria y había avanzado hasta poner cerco á la populosa ciudad de Viena. Para atender convenientemente á los peligros de aquellas regiones en que tanto le iba, necesitaba dejar tranquila la Italia.

Así fué, que habiéndosele presentado de orden suya en Plasencia (setiembre) el ilustre Antonio de Leiva, á quien el emperador deseaba conocer personalmente, por mas que el afamado capitán le excitó á que continuara la guerra, asegurándole la victoria y representándole la facilidad con que podía hacerse señor de toda Italia, Carlos, sin dejarse seducir, insistió en sus proyectos de paz, y mandó á Leiva que se volviese y se limitase á la reconquista de Parva, que con poca dificultad ejecutó el que tan heroicamente en otro tiempo la había defendido. El duque Francisco Sforza de Milan, que en su angustiosa situación solicitaba la paz con mas necesidad que nadie, halló tan benévola acogida en Carlos, que le envió para tratar de ella al cardenal y canceller mayor del imperio, Mercurino Gattinara: y sabiendo que Leiva lo contradecía, le ordenó que pasase á verle á Bolonia, donde Carlos iba á coronarse. La misma Venecia, privada de la alianza y del apoyo de la Francia por la paz de Cambray, despachó embajadores al emperador en solicitud de avenencia, poniendo por mediador al pontífice. También el César accedió á concertarse con los venecianos, y en su virtud se firmó un asiento, cuyas bases principales fueron: que los venecianos restituirían al pontífice las ciudades de la Iglesia que le tenían usurpadas, así como al emperador los lugares del reino de Nápoles que le habían ocupado en las pasadas guerras, con mas dos mil libras de oro, que le habían de satisfacer en plazos que se señalaron; que en esta concordia sería comprendido el duque de Urbino, capitán general de la república; que lo sería también el duque de Ferrara, si viniese en gracia del papa y del emperador, siendo repuesto en sus Estados; que unos á otros se perdonarían las ofensas pasadas; que se ayudarían mutuamente, etc. Quedaba, pues, solo Florenia, cuya obstinación había de costarle, como veremos luego, una guerra calamitosa.

Hechos estos tratos, y como supiese que le esperaba ya en Bolonia el papa con toda su corte y el colegio de cardenales, partió Carlos de Plasencia, é hizo su entrada en Bolonia (octubre), con una pompa verdaderamente imperial, marchando debajo de un riquísimo palio de oro, que llevaban los doctores de aquella célebre universidad, vestidos de rozagantes ropas de seda: recibieronle el obispo, el clero, el senado, los magistrados, toda la nobleza y juventud de Bolonia con trajes de gran gala: condujéronle procesionalmente hasta la catedral, á cuya puerta se había erigido un estrado riquísimamente tapizado, en cuyas gradas se hallaban sentados los cardenales y obispos, que eran muchos, y en la parte superior el papa Clemente, vestido de pontifical y con la tiara en la cabeza. Los cardenales iban dando el brazo al emperador para subir al tablado. Todas las miradas de aquella brillante concurrencia se fijaron en los dos esclarecidos personajes que por primera vez se reunían en aquel momento solemne. Ilenáronse todos de asombro cuando vieron al poderoso jefe del imperio doblar la rodilla y besar con religiosa humildad el pie del soberano pontífice, á quien poco tiempo hacia había tenido

(1) Correspondencia del emperador con Antonio de Leiva desde Toledo.

aprisionado, y al jefe de la cristiandad levantar amorosamente al emperador y darle paz en el rostro. La escena era sublime y maravillosa. Cruzáronse entre los dos mas excelsos príncipes de la tierra palabras afectuosas y corteses, y se despidieron para verse luego y tratar por espacio de muchos días de negocios interesantes á la cristiandad y á la suerte de las naciones. Y en medio de todas estas tiernas ceremonias, llamaba la atención otra escena poco menos sublime: la de los soldados alemanes y españoles llevando en hombros al famoso capitán Antonio de Leiva, mientras los prelados y el clero entonaban el *Te Deum*, acompañando á su canto la música religiosa.

Otro espectáculo no menos interesante se ofreció á los pocos días á los ojos de los boloñeses y á la contemplación de toda Europa. El duque Francisco Sforza de Milan, tan abatido por el emperador, tantas veces reducido á príncipe sin Estado, en cuyo despojo tantas veces se habían empleado las armas imperiales contra las mayores potencias confederadas y ganado por conquistarle tan señaladas victorias, se prosternaba á los pies del emperador para darle gracias por su generosidad, y Carlos le daba cariñosamente el título de duque de Milan. Todos los soberanos de Italia, incluso el Santo Padre, se habían interesado con el emperador en favor de aquel desgraciado príncipe, y la respuesta del emperador fué darle la investidura de aquel Estado y enviarle un salvoconducto para que fuese á Bolonia. Puesto el príncipe á la presencia del César, no hallaba palabras con que expresarle su reconocimiento, y sacando del seno el salvoconducto, dijo que no quería usar de él sino para poner su persona y hacienda en manos de S. M. Añadió Carlos á su fineza la de dar al duque la mano de su sobrina, hija del rey de Dinamarca. Con este rasgo, sea de generoso desprendimiento, sea de bien calculada política, ganó el emperador no poca honra y fama. Renunció á un Estado, y se atrajo muchas voluntades: se desprendió de una conquista, y conquistó muchos corazones (2).

Acabado este acto tan á gusto de todos, tratóse de asentar solemnemente la paz general para la tranquilidad de Italia, entre todos los soberanos, príncipes y embajadores que allí se hallaban presentes, y concluyóse un tratado de paz y mutua defensa (23 de diciembre, 1529), de los mas universales que se han celebrado entre las naciones, puesto que entraron en él el papa, el emperador, los reyes de Francia, de Inglaterra, de Escocia, de Portugal, de Hungría, de Bohemia, de Polonia y de Dinamarca, las repúblicas de Venecia, Génova, Siena y Luca, los duques de Milan y de Ferrara, y los cantones católicos de Suiza (3). Solo dejaron de entrar en esta concordia Florenia y los reformistas de Alemania. El tratado se publicó en Bolonia (1.º de enero, 1530) en medio de las mas vivas y unánimes aclamaciones, y los pueblos colmaban de elogios al emperador, no cansándose de ensalzar su moderación y generosidad, ni de ponderar el inmenso beneficio que les proporcionaba despues de tantos años de guerras y de funestas agitaciones. Carlos no se olvidó de sus buenos coronas generales, y el único sacrificio que pidió á Sforza fué que diese algunas tierras en Milan al marqués del Vasto y á Antonio de Leiva.

Tratóse en seguida de la coronación del emperador, y decidido, despues de algunas disputas sobre si la ceremonia había de hacerse en Roma ó en Bolonia, que fuese en esta última ciudad donde ya todos se hallaban, se señaló día para tan solemne acto, que fué el 24 de febrero (1530), el mismo en que el emperador cumplía sus treinta años, y quinto aniversario de la prision de Francisco I en Pavia. Dos coronas recibió aquel día Carlos V con la mas suntuosa pompa que jamás se había usado, la una como rey de Romanos de manos del sumo pontífice, la otra la célebre corona de hierro de Lombardía que por antigua costumbre se tomaba en Milan, y para lo cual habían llegado dos días antes los magistrados de Monza (4).

(2) Carta del emperador á la emperatriz y á los grandes de Castilla en 23 de octubre.—Guicciardini, Ist. lib. XX.—Sandoval, lib. XVIII.—Robertson, lib. V.

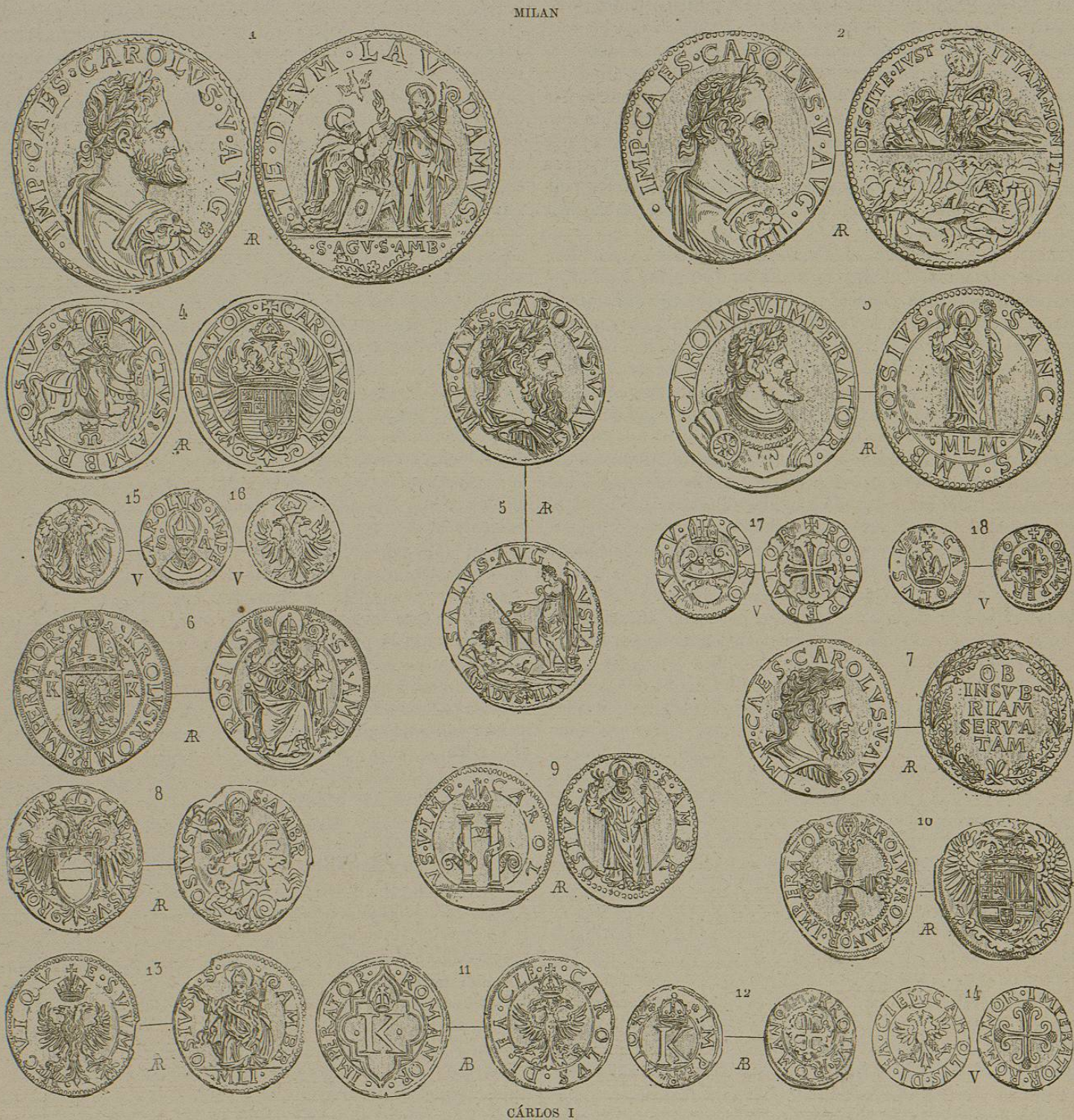
(3) Dumont, Corps Diplomatique, part. II.

(4) Sandoval inserta una larga y minuciosa descripción de las ceremonias de las dos coronaciones.

«La época de estas dos coronaciones, dice un entendido historiador extranjero, se puede considerar como la de la completa destrucción del equilibrio de los Estados de Italia, y por consecuencia de la libertad de los pequeños Estados.... Puede decirse en general que en esta época la existencia política en Italia fué tan mutilada, que no conservaba, por decirlo así, sino fragmentos (á excepcion de las pequeñas re-

públicas, en que la opinion era imperial), y que no habia esperanza de verla recobrar sino en una oposicion victoriosa de la Francia á los planes y al poder de Carlos V (1).»

Quedaba, como hemos dicho, solamente Florencia fuera del tratado general de paz de Bolonia, y no porque se la quisiera excluir de él, sino porque los florentinos repugnaron sucumbir á las condiciones que se les imponian, con arreglo á lo



concertado en Barcelona entre el pontífice y el emperador Carlos V, que era la reposición de los Médicis en su antigua autoridad, y por consecuencia la abolición del gobierno republicano que habian restablecido cuando supieron el asalto y desastre de Roma y la prision del papa. Determinó pues el emperador reducir á Florencia por armas, no solo por el compromiso que tenia con el pontífice de poner al frente de aquel Estado á su sobrino el jefe de la familia de los Médicis, Alejandro, sino como castigo que imponia á su obstinacion por haber sacudido el yugo imperial, y lo que era mas, haberse aliado con los franceses cuando fueron á Nápoles con Lautrec á ocupar las tierras de aquella parte de los dominios de Carlos. Un ejército imperial compuesto de veinte mil italianos y sobre diez mil veteranos españoles y tudescos, al mando del príncipe de Orange, del marqués del Vasto, y de los capitanes

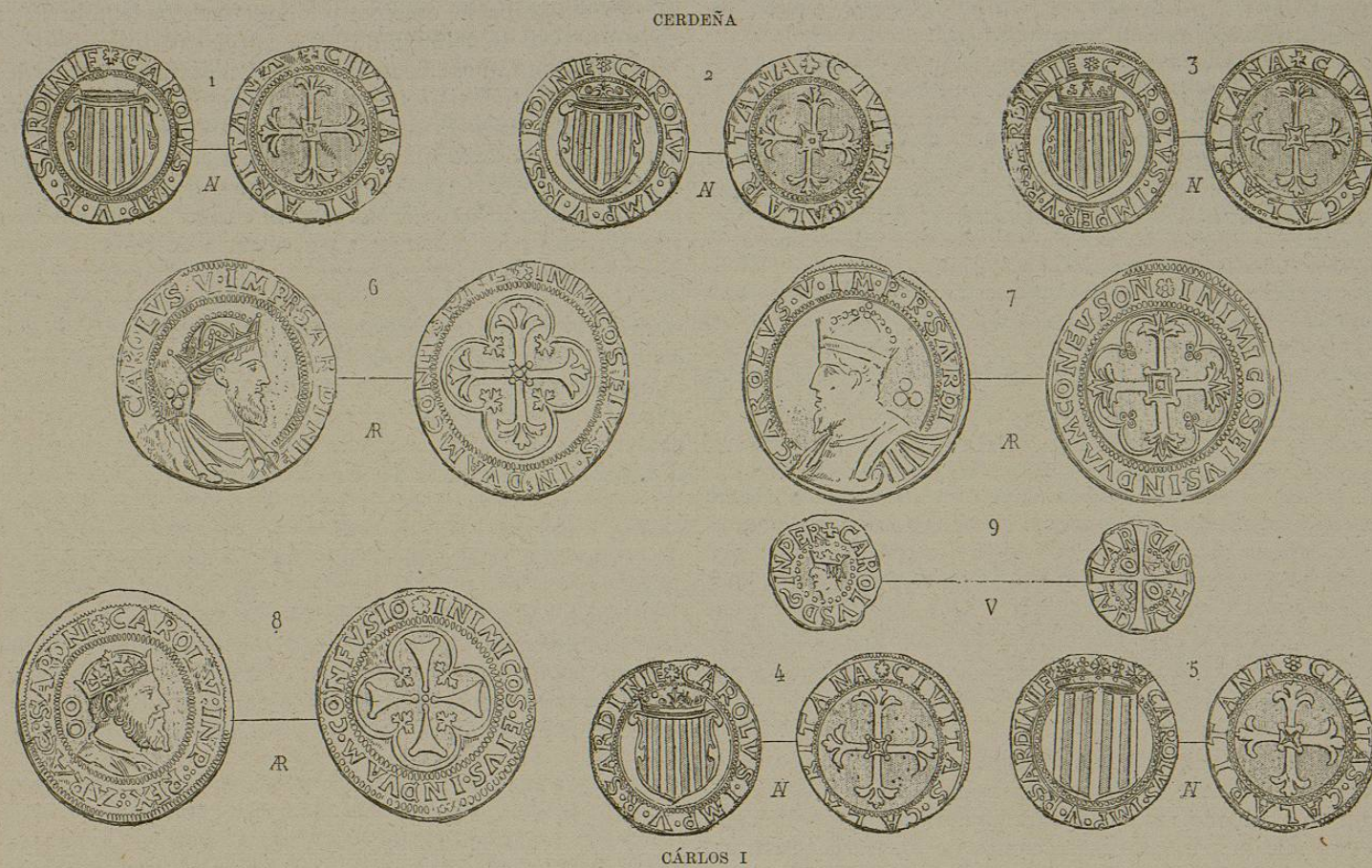
Juan de Urbina, Barragan y otros españoles insignes, entró en el territorio de Florencia, se apoderó de varias plazas y puso cerco á la capital.

Los florentinos, abandonados de todo el mundo, solos en la contienda contra el inmenso poder del emperador y del papa, defendieron por espacio de muchos meses su ciudad con el valor, la constancia, el sufrimiento y el heroísmo propios de un pueblo decidido á no dejarse arrancar su libertad y su independencia. Capitaneados y dirigidos por el enérgico y entendido Malatesta, sostuvieron muchos y muy reñidos combates, hicieron muy impetuosas salidas, y pusieron mas de una vez en conflicto á todo el ejército imperial. Ellos sufrieron con heroica firmeza el extremo de las escaseces y de las

(1) Leo et Botta, Hist. d'Italia, tom. III, cap. 5.

privaciones, determinados á morir de hambre, y aun á arrasar la ciudad antes que rendirse. Su entusiasmo por la república degeneraba en frenesí con el peligro. Era aborrecido allí el nombre del pontífice, á quien culpaban de todos sus males, y en una ocasion ahorcaron á un fraile con el hábito de San Francisco, solo porque habia hablado bien del papa (1). En otra ocasion, porque Malatesta no creia prudente hacer una salida contra los imperiales le declararon depuesto del mando, pero él dió de puñaladas al senador que fué á intimarle la

orden, y la necesidad los obligó á reconciliarse con él y á reconocerle otra vez por general. Erales sin embargo imposible sostenerse ya mucho tiempo, y con todo aun dieron una reñidísima batalla, en que pereció de un arcabuzazo el ilustre y valeroso príncipe de Orange, y en que sin duda hubieran sufrido los imperiales una derrota sin el denuesto de los españoles que capitaneaba el brioso don Pedro Velez de Guevara, á cuyo esfuerzo se debió que este último arranque de desesperación les fuera desastroso á los florentinos (2).



Al fin la necesidad los forzó á pedir capitulacion (agosto, 1530) despues de una resistencia desesperada de mas de ocho meses. Entre las principales condiciones á que se sometieron los rendidos fué una, y es la que á nosotros mas nos interesa, que el emperador Carlos V dispondria la forma y manera como habia de regirse en lo sucesivo aquella república. En su virtud confirió Carlos el título de duque perpetuo de ella al sobrino del papa, Alejandro de Médicis, con el derecho de sucesion en el pariente mas cercano, en conformidad al tratado de Barcelona entre el papa y el César. Costó esta guerra á los imperiales la pérdida del esclarecido príncipe de Orange, á los pocos años de su edad, la del famoso capitán Juan Urbina, la de los valerosos Barragan, Sarmiento y otros muy esforzados y briosos capitanes españoles.

El emperador, despues de su doble coronacion en Bolonia, habia partido para Alemania, donde de dia en dia se hacia mas indispensable y urgente su presencia. Dirigióse por Mantua á Inspruck, donde tuvo el sentimiento de perder y asistir

(1) Sandoval, lib. XIX, párrafo 5.

á los funerales del cardenal y gran canciller del imperio Mercurino Gattinara. Prosiguiendo su marcha encontróse en Eniponte con su hermano don Fernando, rey de Bohemia, que salió á recibirle con la flor de la nobleza austriaca. Juntos se encaminaron á Baviera, y de allí á la ciudad de Augsburgo (18 de junio, 1530) donde habia de celebrarse la Dieta del imperio.

La ida del emperador Carlos V á Alemania se enlaza ya con uno de los mas grandes sucesos, que fué tambien la mayor novedad de aquel siglo, á saber, el de la famosa cuestion de la reforma religiosa, que traia ya la Europa grandemente conmovida y cuyo asunto exige ser tratado separadamente.

(2) El obispo Sandoval que dedica bastantes páginas á la relacion de la guerra de Florencia (la cual nosotros hemos creido deber compendiar todo lo posible), rectifica con razon en varios pasajes á Paulo Jovio que escribió su Historia, en la cual parece se propuso el historiador italiano privar á los españoles de la importante participacion que en ella tuvieron, habiendo sido además los que con su valor decidieron la victoria en favor de los imperiales.